

Charnelas de hueso antiguas, halladas en la Península hispánica

por

Bernardo Sáez Martín y Luis Estrada Tuset

Del Seminario de Historia Primitiva del Hombre, de la Universidad Central



SE había discutido bastante, hasta principios del siglo xx, sobre una serie de tubos de hueso, e incluso marfil, con una o varias perforaciones y extremos anulares e incisiones de distintos géneros. a los que se fechaba, de manera contradictoria y absurda, desde el Neolítico a la Edad Media, y se les daba los más diversos significados: silbatos, flautas, tubos para cosméticos y afeites, «objetos rituales», etc. En España habían llamado la atención sobre ellos diversos autores, los antiguos, como M. R. Berianga, con la natural desorientación de su tiempo, y otros más modernos que, sin justificación ninguna, seguían fechándolos con la mayor arbitrariedad e interpretándolos de la forma más absurda. Entre estos últimos, la cita más reciente es de A. García Bellido, quien interpreta tales cilindros óseos como instrumentos músicos, cuando es bien sabido, desde principios del siglo xx en que se descubrió en la Galia, en el Delfinado una fábrica de tales charnelas y el fin utilitario que las mismas tenían.

En la península hispánica, como en todo el mundo clásico, se encuentran por todas partes, ya que tal género de objetos se dan en Grecia y Cartago, y con especial abundancia en el Imperio romano y en todas sus provincias; en Marruecos, por ejemplo, abundan lo mismo que en todas nuestras provincias. Las piezas en cuestión no son ni silbatos ni objetos votivos, sino simplemente armaduras de charnelas de pequeños muebles y sobre todo cofrecillos de los que en el Seminario de Historia Primitiva del Hombre se ha reunido una abundante documentación no sólo peninsular, sino norteafricana, lo que dará lugar a una publicación detallada y con los suficientes elementos justificativos sobre su funcionamiento y características.

En España, cronológicamente, las piezas más antiguas que tenemos documentadas son del siglo III antes de J. C., en la Edad del Hierro Ibérico y llegan hasta el final del Imperio romano. Su distribución abarca toda las provincias de la Hispania romana con mayor o menor intensidad, y pasando ya de 30 las localidades peninsulares registradas.

(Comunicación leída en el I Congreso de Arqueología del Levante Español.)